

A LA LUZ DE REVERTE

Quedamos con el gran escritor en PARÍS, la ciudad donde le gusta refugiarse y el escenario de 'Hombres buenos', su primer libro optimista: un recorrido por el Siglo de las Luces que despierta nuestro lado más humano.

POR GEMA VEIGA. FOTOS: ÁNGELICA HERAS

Al fondo, dominando los tejados de París, la catedral de Notre Dame



Arturo Pérez-Reverte,
a la entrada de una
calle del barrio parisino
de Saint-Germain



El río Sena, a los pies de Notre Dame, uno de los iconos del París histórico



El cielo pinta azul sobre la terraza roja del café Le Bonaparte. Estamos en el corazón de Saint-Germain-des-Prés, epicentro intelectual y cultural de París, el barrio de la edición, las galerías de arte, el trasiego y los encuentros. Al otro lado de la mesa, Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951), con sus manos curtidas en más de 15 millones de libros vendidos en todo el mundo, con su torso erguido por la silla T de la Academia de la Lengua, con su mirada afilada en el periodismo de guerra. Lleva cerca de 30 años viniendo a este distrito a ver la vida. El mismo donde ahora celebra 25 de oficio inspirando su pluma en el Siglo de las Luces que todavía brillan en los viejos adoquines de estas calles que ilustran su nueva entrega literaria. La ha titulado *Hombres buenos* (Alfaguara): una apasionante intriga libresco por la que transitan las tertulias de los bares cercanos, como Le Procope; la algarabía de los cabarés de los alrededores de Les Halles, el optimismo de uno de los períodos más fructíferos de la historia. «Acabo de pedir paté y

queso para comer. ¿Qué prefieres, vino o cerveza, como yo?». «Cerveza», respondo. «*Deux bières*», le pide al camarero en un francés impecable. García Márquez afirmaba que el origen de toda historia era una imagen. ¿Qué activó *Hombres buenos*? Fue un día en la Real Academia, en Madrid, al ver la primera edición de la *Enciclopedia Francesa*. De repente, me digo: «¿Cómo ha llegado esto aquí?». Me pongo a investigar, a hacer preguntas, y pienso: «¡Esto es una novela!». De hecho, los dos protagonistas, un bibliotecario y un almirante, son miembros de la Real Academia Española que reciben el encargo de viajar a París para conseguir clandestinamente los 28 volúmenes de la *L'Encyclopédie*, prohibida en España. ¿La historia es real? Está basada en hechos y personajes reales, muy documentada, pero hay cosas que no ocurrieron nunca. Es una aventura intelectual: esta vez, el tesoro es un libro. Uno de los protagonistas cree sólo en la razón y otro considera que esta es conciliable con la fe; la búsqueda común de algo honorable les permite encontrarse a pesar de que tienen ideologías diferentes. Es una historia de amistad. Y la amistad que se teje en ese recorrido es una buena fórmula para ver cómo el hombre moderno puede salvarse. El París del Siglo de las Luces como metáfora de la batalla más antigua del mundo: luz frente a oscuridad. Los protagonistas de mi novela son personas buenas que se sientan a hablar,



«UN SOLO LIBRO TE HACE
FANÁTICO, MUCHOS TE
HACEN SOCIABLE. A MÁS
LIBROS, MENOS MALES.»

pero los malos intentan reventarles el viaje. Esa tensión entre grandes propósitos y fuerzas negativas define con precisión el mundo actual. El fanatismo no quiere que haya diálogo. Nunca. Tanto el de allá como el de acá. A las fuerzas malas no le interesa que la gente se una porque la unión crea futuro. Por eso al adversario no se le quiere convencido, sino vencido. Y, a poder ser, exterminado. Eso lo han hecho igual las derechas que las izquierdas: ambas han fusilado al otro. Poca gente después de ganar ha intentado hermanarse. Francia sí. Esa falta de respeto por el rival es lo que hizo que nuestras guerras civiles fueran tan crueles.

Con la inteligencia también se construyen guerras. ¿Es necesario que exista una dimensión ética sobre la razón para llegar al encuentro?

Es que, fíjate, a veces creemos que la sinrazón es simplemente de la extrema derecha, pero también es de la extrema izquierda. Son los extremos los que son irracionales, precisamente porque son extremos. Ellos son los que nos llevan a la ruina. Esta novela intenta decir que, aunque pienses de manera distinta al otro, si os une una causa noble, surgirán el cariño, el diálogo y la proximidad. Cuando dos personas buenas con ideas diferentes caminan juntas, se puede lograr todo. El resultado es espléndido en lo político, en lo social, en lo laboral, en lo afectivo..., y eso pasa porque te enriqueces. Apelando a la parte buena del ser humano es exactamente como se halla la solución. **Me cuentan que, justo cuando acabas esta novela ambientada en el París prerrevolucionario, sucede el atentado contra *Charlie Hebdo*. Otra vez la oscuridad. ¿El arte es premonitorio?** Totalmente. Por eso esta novela vale para cualquier clase de fanatismo:



sirve tanto para la España oscura del siglo XVII como para la Europa del *Je suis Charlie*, porque se trata del fanatismo frente a la razón. Los libros tienen siempre un carácter terapéutico, son como una aspirina.

Explícame eso, por favor.

Un libro es analgésico, la mejor compañía frente al fracaso, el dolor, la muerte, la tristeza y la adversidad, porque te consuela. No te quita la causa del daño, pero te ayuda a soportarlo. También es preventivo, en la medida en que te ayuda a comprender las cosas que van a ocurrir. ¿Sabes por qué? Porque, en realidad, todo ha ocurrido ya. **Escribes: «Hay un ejercicio fascinante, a medio camino entre la literatura y la vida: visitar lugares leídos en libros y proyectar en ellos, enrique-**

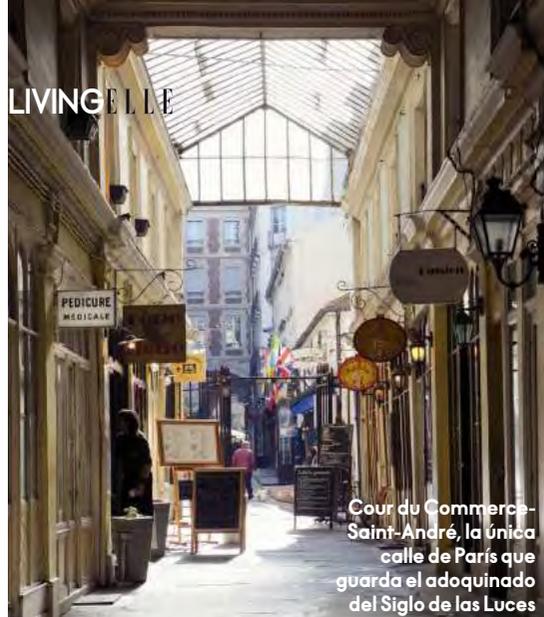
ciéndolos con esa memoria lectora, las historias reales o imaginarias que en otro tiempo los poblaron».

¿Los libros sirven para reconstruir las ciudades a las que viajamos?

Los libros son, por encima de todo, interpretativos. Tú llegas aquí, ves la torre Eiffel y los puentes sobre el Sena, te haces tus *selfies* y dices: «¡Qué bien París!». Pero si vienes leyendo *Hombres buenos*, por ejemplo, amueblas el París que observas con el que traes en la cabeza, lo *activas* para que te nutra.

¿Tu novela es un elogio a los libros, a su poder para cambiar el mundo?

Lo es. Pero un hombre que ha leído un único libro es peligroso, ya sea la Biblia, el Talmud o el Corán. Un solo libro te hace fanático, muchos te hacen sociable. A más libros, menos males. ►



Cour du Commerce-Saint-André, la única calle de París que guarda el adoquinado del Siglo de las Luces



El Pont Neuf, uno de los escenarios de la nueva intriga libresca del escritor

Entonces, el lanzamiento en España, América Latina y EE UU de *Hombres buenos* supone un mal menos...

En este libro tienes al Coyote, al Correcaminos y la búsqueda del tesoro, algo que, en realidad, está en toda mi obra. Pero hay algo más: es una novela importante porque ayuda a pensar, hace sentir bien. Ojo, no porque yo sea muy bueno, sino porque he reflejado las ideas de los buenos. En resumen: el 75 por ciento de lo que se dice en el libro no es mío.

¡Ah!, ¿no?

Qué va. Son Moratín, Voltaire, Rousseau, el padre Jovellanos... En este sentido, no se trata de una obra que

haya salido de mí: la parte buena es la que han puesto los sabios de antes, yo me he limitado a preparar la mezcla y a poner mi estilo. Sólo estoy en la figura del narrador. Y ni siquiera, porque, una vez que haces literatura, ya no eres tú... ¡Anda, come un poco de *foie*, que está muy bueno!

Por cierto, ¿cómo te relacionas hoy por hoy con Twitter?

He bajado la maquinaria. Entraba los domingos por la tarde y mantenía un diálogo intenso, pero me di cuenta de que, por mucho que expliques las cosas, hay gente que no quiere entender.

¿Y qué me dices de la Academia de la Lengua, a la que acudes cada jueves?

Cuando llegué, pensaba que era un club de abuelos apolillados, de ahí que yo no quisiera ser académico. Sin em-

bargo, este libro también es un homenaje a ella. A la de antes y a todas las de ahora, que ya son 22. Y vamos abrir otra en Guinea Ecuatorial. Pero, sí, a mí me costó mucho ser académico.

¿De verdad?

De verdad. No me dejaba. Me convenció Dolores Salvador, a quien, por cierto, dedico el libro. Sin embargo, una vez dentro me di cuenta de que había gente digna, por eso ahora le tengo tanto respeto a la Academia.

«NUNCA SEGUIMOS AL HOMBRE BUENO, SINO AL QUE MÁS GRITA. ESA ES NUESTRA GRAN TRAGEDIA»

Son personas sin ambiciones más allá de ser útiles o hacer diccionarios, un trabajo intelectualmente patriótico. En un momento en el que la palabra *nación* es muy sospechosa, la única patria que no es sospechosa es la lengua española. Ahí se puede hablar sin problema, nadie te llama facha ni rojo. Somos 500 millones de hispanohablantes. Y el Quijote es la bandera. Servir a esa patria a través de la Academia, ayudar a que sea más limpia, más noble, es hermosísimo. ¡Pero hermosísimo! Sí, esta novela también es mi reconocimiento a esa patria sin contaminar.

Antes las revoluciones empezaban cuando la gente se amotinaba en una plaza y pedía cambios. ¿Ahora pasan por convertirse uno mismo en el cambio, son revoluciones interiores?

Sin cultura no hay revolución. Una democracia de personas analfabetas no es democracia. A menudo se





Calles del distrito de Saint-Germain, el sexto de París



Uno de los rincones favoritos del escritor es el Bar du Marché (75 Rue de Sèze)



Shakespeare and Company es una de las librerías más famosas de la ciudad. El primer piso sirve como 'refugio' para los viajeros 'tumbleweeds', alojados a cambio de unas horas de trabajo en la tienda.



Mesa del popular Le Bonaparte (42, Rue Bonaparte), donde el autor nos citó para comer y charlar

confunde la palabra *democracia* con la palabra *libertad*. Si no hay cultura educativa de por medio —y esto es muy importante que lo matices tal cual te lo estoy diciendo—, la democracia es imposible, porque no se sabe distinguir al lobo del cordero, al demagogo del honrado.

¿Cómo se ve España desde París?

Lo triste de nuestra historia es que no hemos seguido al hombre bueno, sino al que más grita. Pensar que alguien es mejor porque grita más alto ha sido nuestra gran tragedia histórica. El hombre bueno siempre ha estado ahí, pero lo hemos ninguneado y todavía continuamos haciéndolo. Y hay muchas formas de gritar... (*Se hace un silencio*). Porque, claro, también *Sálvame* es una forma de gritar. Es el flautista de Hamelín, el que toca la flauta y se lleva a todo el mundo detrás. Y la gente dice: «¡Mira ahí está Belén Esteban! ¡Bonita, un autógrafo!», «¡Pantoja, te queremos! ¡Qué buena eres, Pantoja!». No, hombre, no... El hombre bueno es otra cosa. Pasa lo mismo en política con el que grita más fuerte: «¡Compañeros y compañeras, amigos y amigas, padres y madres, vamos a darles esto a nuestros hijos e hijas..!». «¡Vaya, qué bien suena esto, qué igualitario!». Y, mientras tanto, el ser humano bueno, que es el ser humano sereno, se sienta, habla bajito... y no se le presta atención. Pues lo que pretendo con esta novela es, precisamente, amplificar la voz de todas esas personas que hablan bajito.

¿Seguís charlando en voz baja Javier Marías y tú, moviendo el mundo mientras jugáis al ajedrez? (*Risas*). Seguimos charlando, pero, eso sí, sin tablero de por medio: él no es ajedrecista como yo.

Pues hablando de esos soldaditos de plomo que coleccionáis...

(*Vuelve a reír*). Sí, eso sí.

Cuando estaba leyendo tu novela, llegué a sospechar que los protagonistas erais vosotros dos dialogando.

Javier es un gran amigo mío. De hecho, lo cito un par de veces en el libro. Pero no, no somos nosotros.

Es curioso que el trabajo más reciente de Marías se titule *Así empieza lo malo* y el tuyo *Hombres buenos*...

Sí. Mi libro es optimista, un manual para el optimismo moderno. Es más, creo que es la primera vez que soy optimista en una novela. Buscaba escribir un libro que, cuando el lector lo acabe, diga: «Además de habérmelo pasado muy bien, me siento solidario, me siento feliz». Sí, mi intención era firmar una de esas novelas que hacen mejor persona a quien la lee. Que, al terminarla, *quieras querer* más a la gente. Comprendes, ¿no? Sí, sí, un libro que nos anime a cambiar el mundo.

Con esa intención lo he escrito. Porque los únicos que cambian el mundo son los hombres buenos y las mujeres buenas... Te están gustando el queso y el paté, ¿eh? ¡Pues si hubiésemos pedido un buen vino en lugar de cerveza, esto ya sería la leche! ■